

Sobre algunos tratantes de libros

Escribe: NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA

Aquel por quien vienen a nosotros las más de las veces los libros raros largamente buscados, suele ser, dentro de nuestro medio, un personaje peculiarísimo y casi funambulesco. Estriba esto en que, descontadas algunas excepciones honrosas, no encarna él, la verdad sea dicha, al desprendido agente difusor de cultura sino al hombre que vende libros; no al decidido orientador de inspiraciones sino al comerciante impaciente y calculador.

Hace un tiempo, nos dice don Luis Villagómez, una veintena de años quizá, escribió don Angel Ossorio en apretada síntesis una excelente página sobre las condiciones esenciales del buen librero. Lea usted los términos de su escrito, agrega don Luis después de alcanzar de uno de los anaqueles de su biblioteca un ejemplar de la revista-homenaje dedicada a don Martín García, el sencillo y sabio librero, paradigma de los de su oficio durante cincuenta años en la ciudad de La Plata (Argentina) donde se publicó la mencionada revista. Tomamos el ejemplar firmado por el homenajeador don Martín y allí leemos lo del notable expatriado español, catedrático don Angel Ossorio, que a la letra dice: "El que vende libros ha de tener una afición absorbente, amar al libro, cuidarle, mimarle, enaltecerle. Quien mira el libro simplemente como una mercancía, no tiene alma de librero". En esta parte íbamos de la página de don Angel cuando volvimos a mirar a don Luis, quien parecía afianzar con gesto silencioso en ese instante la inobjetable verdad de esas palabras. "El librero necesita una cultura, una cierta orientación sobre todas las materias. Porque una buena parte del público va a la librería sin saber concretamente lo que busca. ¿Qué tiene usted de química inorgánica? ¿Qué historia medieval es más completa? ¿Me puede usted decir cuáles son los doce mejores tomos de versos? ¿Qué novelas le podría yo dar a una hija mía de quince años? Si el librero no sabe lo que es la química, ni la historia, ni los versos, ni las novelas, bien puede decirse que está de sobra en su propia casa".

Al referirse don Angel Ossorio a su compatriota el librero don Martín García reconoce en este los méritos exaltados en su página y, como si todo ello fuera poco, dice que lo único que no sabe es si don Martín gana o no gana dinero con su oficio. "Me temo que, con su carácter, no gane

mucho". Vea usted expresada en una sola palabra, nos dice don Luis, la suma y compendio de cuanto se necesita para ser un buen librero: carácter. Que es como si dijéramos vocación de tal con su agregado de virtudes excelsas entre las cuales podemos contar el desprendimiento, la ilustración, el don de gentes, la devoción por el libro o dicho esto último de una manera más directa y concluyente: la bibliofilia. ¿Cómo puede ser, mi buen amigo, que a quien compra en cinco lo que vale veinte y vende en veinte lo que vale cinco, por más que reúna excelentes condiciones para el oficio, se le llama librero de profesión? Otros son los títulos que le caben, los cuales por muy fáciles de adivinar no es necesario que usted los diga en sus apuntes. Operación que en esa forma se desarrolla puede conducir —y de hecho conduce— a una muy lograda utilidad de tipo mercantil, pero ello con desmedro del más noble instrumento que haya manejado la humanidad en varios siglos como es el libro.

Muchas prácticas aliñadas con capítulos de los más saladísimos entre aquellos de la novela picaresca que conocemos suelen darse por ahí en algunos ventorros. De algunas tengo conocimiento por percepción directa, indica don Luis, y aun por haber sido de ellas víctima resignada y sonreída. ¡A dónde no se colará un bibliófilo que husmea como el cazador el rastro que puede llevarlo a cobrar una buena pieza! La burda transposición de una carátula para llamar la atención hacia una novela; el cuidadoso ejercicio del borrador para hacer desaparecer el indiscreto rengloncillo de la portada que dice *tomo primero* cuando no se tiene el tomo segundo; el ofrecer un mutilado volumen y entretener de varias maneras al interesado que empieza a hojearlo, no vaya a ser que pueda este descubrir que en ese volumen hay un salto de la página 16 a la 49. Estas y otras prácticas más han enmarcado, por decirlo así, el cuadro de la libreril actividad en algunos sectores aquí y en cualquier parte donde se ejerza el oficio con criterio de buhonero.

El bibliófilo, desde luego, suele ser indulgente en grado sumo. No en balde tiene él a su alcance la enseñanza de tanta filosofía como encierran los libros. Y aún puede él en esa clase de incursiones hacerse dueño de algún curioso tomo de bien desusadas características editoriales, como hace ya un tiempo hubo de sucederle a don Luis con uno de "Publicaciones Atenea", de Madrid, correspondiente a la serie de ediciones "La Nave", hecho en 1930, con retrato y "autógrafo" del autor. Se trata de *El doble*, una de las primeras novelas de Fedor Dostoiewski, a la cual agregó este el título de *Poema petersburgués*. Mire usted, nos dice el dueño de este tomito, dónde radica su simpática peculiaridad editorial. A pesar de que toda la obra, desde la portada hasta el colofón, corresponde a la mencionada de Dostoiewski, la pasta de marroquí dice en su lomo dorado otra cosa distinta pues allí puede leerse: *Intenciones — O. Wilde*. Un descuido del encuadernador hizo posible este tan manifiesto error, seguramente cometido sin ninguna intención. Al menos sin alguna de esas intenciones expresadas en los ensayos del esteta inglés cuando en uno de ellos habla este de la verdad de las máscaras, nos dice don Luis con humorismo que en él resulta insólito. Esta vez el librero de viejo que vendió la obrita de Dostoiewski con el ropaje de otra distinta se comportó de bien inocente manera. Consideró él tal vez que alguna culpa le cabía del error cometido por los lejanos y ya tal vez fallecidos encuadernadores madrileños y, sin

que fuera necesario pedírselo, se decidió a tasar en muy poco precio el tomito de esta historia. De haber sabido él que hay quienes creen que los bibliófilos miran al libro solo como curiosidad de museo, tal vez se hubiera aprovechado de la inane creencia para cobrarle caro a su comprador tal como el que vende hoy en alto precio un estribo de cobre o una silla frailerá.

No es poco lo que puede decirse acerca de este curioso mundo que integran con su personalísimo estilo los numerosos tratantes de libros que existen en todas partes. Los hay con mayores y más raras singularidades que otros. Unos tienen sobrada perspicacia para graduar el interés de sus clientes, mientras otros apenas miden regularmente esa agudeza; los de acá tienden cercos, murallas, a rincones de su librería extrañamente vedados por ellos aun al más persistente buscador, al paso que los de más allá en tal forma abren el camino a las aspiraciones de sus clientes, que a veces se quedan muy cortos los compradores en sus posibilidades pecuniarias más inmediatas. En una cosa coinciden en su gran mayoría los tratantes de libros y es en la interpretación de las preferencias populares, guiados por un sentido de orientación que no constituye desde luego ninguna genialidad puesto que no hacen otra cosa que servir de receptáculo a las momentáneas solicitudes del grueso público. El hombre que vende libros no impone hoy en día esos libros que vende. ¿Quién ha dicho que él sea un misionero? Tampoco impone los gustos cuando se trata de satisfacer a un público que quiere en cada obra que pide el adorno de finas u ordinarias ilustraciones. Gustavo Doré ha vendido más ediciones de *La divina comedia* que el propio Dante Alighieri. Hay gente que se perece por las láminas y los tratantes de libros que así lo saben se limitan a satisfacer esos gustos, no importa que al hacerlo incurran algunos de ellos en las más divertidas confusiones como hubo de sucederle hace algún tiempo a uno muy gracioso a quien hubiera encajado mejor el oficio de acarreador, el cual tratante se empeñaba una vez en vender a uno de sus deslumbrados compradores un ejemplar de un tomo (entre tantos como son) de *La comedia humana* asegurándole que ese libro y las láminas que lo adornaban eran los mismos del inmortal poema del Dante y que si allí había cambio de nombres ello obedecía a la intervención de los traductores que todo lo trastornan. Inútil será decir que la oportuna mediación de don Luis sacó en esa ocasión a buen camino tanto al tratante como al comprador extraviados, que se lo agradecieron menos quizá que el novelista francés y el poeta florentino desde sus tumbas.

Esperar a que llegue el comprador resulta para los libreros de viejo mucho más cómodo que aquello de moverse en su búsqueda. Y menos necesario es esto último en particular para él que sabe cómo determinados libros raros (calificación esta que realizan algunos tratantes con la exquisita asesoría de amigos entendidos) pueden por estos tiempos, con excusados medios, ser vendidos en valiosa moneda extranjera, lo cual compensa muy bien el escaso movimiento que tales libros tienen si se compara con el de aquellos que comúnmente solicita el grueso público. Que haya algunos tratantes de libros como estos de que hablamos hoy, apunta don Luis, que piden por un volumen según su tamaño y el número y calidad de las ilustraciones, es cosa que puede tener sin cuidado a los bibliófilos, si bien se considera. No puede, en cambio, despreocuparlos el que sea cada

vez mayor el número de libros raros y curiosos escapados a su interés, sustraídos como si dijéramos del patrimonio cultural de la nación para ser llevados fuera de las fronteras patrias, negociados en alta moneda extranjera con olvido total de valores perdurables que el espíritu de los pueblos no puede trocar por nada en el mundo. Hace falta una vigilancia extrema ejercida con devoción constante por instituciones culturales en nuestro país, enderezada a cerrarle el paso a comercio tan disolvente como ese. Para lograrlo, tal vez haya que empezar por ilustrar a muchos libreros sobre el valor que representa el libro raro en la esfera de la cultura patria.

Ya en estas mismas páginas proponía don Luis Villagómez, hace dos años, la creación de un centro de bibliófilos colombianos, cuya misión más importante sería la de adoctrinar a algunos círculos vinculados a la actividad de compra y venta de libros sobre la necesidad de eliminar la fuga sucesiva de estos al exterior, principalmente cuando se trata de positivas rarezas bibliográficas. Y hasta se podría pensar, si nos apuran demasiado las circunstancias, en la conveniencia de fundar centros de estudios para los libreros, un poco a la manera, quizá, de los establecidos durante una época en España por las ordenanzas del gremio barcelonés, cuando el oficio requería de aprendizaje y exámenes de prueba rigurosos para llegar al grado de maestro con cuyo título se adquiría el derecho de ejercer la profesión en forma competente. Profesión bien difícil por cierto, como puede verse en la opinión no exenta de fino humorismo de Félix Dham, inserta en un tratadito de J. Antonio Pérez-Rioja sobre el libro y la biblioteca que don Luis Villagómez nos alcanza para ser leída en alta voz según sus deseos y ya para terminar nuestra charla. Es fácil escribir un libro —dice el autor mencionado— pues “para ello se requieren únicamente pluma, tinta y papel. Imprimirlos es más difícil, porque no siempre es fácil entender la letra de las personas de talento. Más difícil es aún leerlos, por el peligro de que, al efectuar tal operación, sobrevenga somnolencia. Pero la labor más difícil que puede caber a un hombre es, sin duda, la de venderlos”. *Cum grano salis*, buena verdad en el fondo.